

X

«DON JUAN TENORIO»

PERSONAJES

DON JUAN TENORIO

DOÑA INÉS DE ULLOA

DON LUIS MEJÍA

DOÑA ANA DE PANTOJA

DON GONZALO DE ULLOA, Comendador

DON DIEGO TENORIO, padre de don Juan

BUTTARELLI, hostelero

CIUTTI, criado

PASCUAL, criado

BRÍGIDA, dueña

EL CAPITÁN CENTELLAS

DON RAFAEL DE AVELLANEDA

EL ESCULTOR

(LA ACCIÓN EN SEVILLA, A MEDIADOS DEL SIGLO XVI.)

JOSÉ ZORRILLA

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

*(La Hostelería del Laurel. Puerta en el fondo, que da a la calle. En escena, mesas y sillas. Don Juan está sentado, con antifaz, escribiendo. Ciutti y Buttarelli, a un lado, esperando. Se oyen músicas y cantos de la gente que pasa por la calle.)*

DON JUAN: ¡Cuán gritan esos malditos!  
¡Pero mal rayo me parta  
si en concluyendo la carta  
no pagan caros sus gritos!

BUTTARELLI: ¡Buen Carnaval!  
CIUTTI: ¡Buen agosto  
para rellenar la arquilla!

BUTTARELLI: ¡Quiá! Corre ahora por Sevilla  
poco gusto y mucho mosto.

CIUTTI: Pero hoy...  
BUTTARELLI: Hoy no entra en la cuenta,  
Ciutti: se ha hecho buen trabajo.

CIUTTI: ¡Chis! Habla un poco más bajo,  
que mi señor se impacienta  
pronto.

BUTTARELLI: ¿A su servicio estás?  
CIUTTI: Ya ha un año.  
BUTTARELLI: ¿Y qué tal te sale?  
CIUTTI: No hay nadie que se me iguale:  
tengo cuanto quiero y más.  
Es un hombre extraordinario...  
pero... calla.

DON JUAN: Firmo y plego.  
*(Cierra la carta.)* ¡Ciutti!

CIUTTI: Señor.  
DON JUAN: Este pliego  
irá, dentro del horario  
en que reza doña Inés,  
a sus manos a parar.

CIUTTI: ¿Hay respuesta que aguardar?  
DON JUAN: Habrás de salir por pies,  
y de Brígida, su dueña,  
que mis intenciones sabe,  
recogerás una llave,  
una hora y una seña...

*(Sigue escribiendo.)*



(Vase Ciutti.)

- CIUTTI: Bien está.
- DON JUAN: Don Luis Mejía  
(A Buttarelli.)  
¿ha venido hoy?  
Excelsencia,  
no está en Sevilla.
- DON JUAN: Su ausencia  
¿dura en verdad todavía?
- BUTTARELLI: Tal creo.
- DON JUAN: ¿Y noticia alguna  
no tenéis de él?  
Una historia  
me viene ahora a la memoria  
que os podrá dar oportuna  
luz sobre el caso.
- DON JUAN: Tal vez.
- BUTTARELLI: Si no me engaño  
esta noche cumple el año.
- DON JUAN: ¿Lo habías olvidado? ¡Pardiez!  
¿Acabarás con tu cuento?
- BUTTARELLI: Perdonad, señor, estaba  
recordando el hecho.
- DON JUAN: Acaba,  
vive Dios, que me impaciento.
- BUTTARELLI: Pues es el caso, señor,  
que el caballero Mejía,  
por quien preguntáis, dio un día  
en la ocurrencia peor  
que ocurrírsele podía.
- DON JUAN: Que apostaron es notorio,  
a quién haría en un año,  
con más fortuna, más daño,  
Luis Mejía y Juan Tenorio.
- BUTTARELLI: ¿La historia sabéis?
- DON JUAN: Entera,  
por eso te he preguntado  
por Mejía.
- BUTTARELLI: Me pluguiera  
que la apuesta se cumpliera,  
pues pagan bien y al contado.
- DON JUAN: ¿Y no tienes confianza  
en que don Luis a esta cita  
acuda?
- BUTTARELLI: ¡Quiá! Ni esperanza.  
El fin del plazo se avanza  
y estoy cierto que maldita  
la memoria que ninguno  
guarda de ello.  
Basta ya.  
Excelsencia, ¿vos, de alguno  
de ellos sabéis?  
Se verá...  
Al menos uno.  
Mas, por si acaso los dos  
dirigen aquí sus huellas,  
el uno del otro en pos,  
tus dos mejores botellas  
prevénles.
- DON JUAN: Mas...  
¡Chito! Adiós.  
(Sale.)  
(Entra, también con antifaz, don Gonzalo de Ulloa.)
- BUTTARELLI: Excelencia...
- DON GONZALO: ¿Conocéis  
a don Juan Tenorio?
- BUTTARELLI: Sí.
- DON GONZALO: ¿Y es cierto que tiene aquí  
hoy una cita?
- BUTTARELLI: ¡Oh! ¿Seréis  
vos el otro?
- DON GONZALO: ¿Quién?
- BUTTARELLI: Don Luis.
- DON GONZALO: No, pero estar me interesa  
en la entrevista.  
Esta mesa  
les preparo; si os servís  
en aquésta colocaros,  
podréis presenciar la cena  
que les daré. Será escena  
que espero ha de admiraros.
- DON GONZALO: Lo creo. Aquí, pues, me sienta.  
(Se sienta en un rincón.)
- BUTTARELLI: Curioso el viejo me tiene  
(En voz baja.)  
del misterio con que viene,  
y no me quedo contento...

*(Buttarelli limpia las mesas y va colocando algunas sillas. Luego entra don Diego Tenorio, embozado en su capa, y también con un antifaz, que cubre su rostro.)*

DON DIEGO: ¿La Hostería del Laurel?

BUTTARELLI: En ella estáis, caballero.

DON DIEGO: ¿Está en casa el hostelero?

BUTTARELLI: Estáis hablando con él.

DON DIEGO: ¿Sois vos Buttarelli?

BUTTARELLI: Yo.

DON DIEGO: ¿Es verdad que hoy tiene aquí Tenorio una cita?

BUTTARELLI: Sí.

DON DIEGO: ¿Y ha acudido a ella?

BUTTARELLI: No.

DON DIEGO: ¿Pero acudirá?

BUTTARELLI: No sé.

DON DIEGO: ¿Le esperáis vos?

BUTTARELLI: Por si acaso venir le place...

DON DIEGO: En tal caso, yo también le esperaré.

BUTTARELLI: ¿Que os sirva vianda alguna queréis mientras?

DON DIEGO: No. Tomad.

*(Le da unas monedas.)*

BUTTARELLI: ¡Excelencia!

DON DIEGO: Y excusad conversación importuna.

BUTTARELLI: Perdonad.

DON DIEGO: Vais perdonado; dejadme pues.

*(Se sienta en el lado opuesto a don Gonzalo.)*

BUTTARELLI: ¡Jesucristo!

*(En voz baja.)* En toda mi vida he visto hombre tan malhumorado.

*(Se oyen dar ocho campanadas cerca de la Hostería. Entra en escena don Rafael de Avellaneda con el capitán Centellas, y luego, al dar la última campanada, entra don Juan, con antifaz, y se llega a la mesa que ha preparado Buttarelli. Inmediatamente después entra don Luis, también con antifaz, y se dirige a la misma mesa. Los curiosos y parroquianos les rodean.)*



ESCENA SEGUNDA

DON JUAN:  
(A don Luis.)  
Esta mesa está comprada,  
hidalgo.

DON LUIS:  
(A don Juan.)  
Lo mismo digo.  
Hidalgo, para un amigo  
tengo esta mesa pagada.

DON JUAN:  
Que ésta es mía, haré notorio.

DON LUIS:  
Y yo también que ésta es mía.

DON JUAN:  
Luego sois don Luis Mejía.

DON LUIS:  
Seréis, pues, don Juan Tenorio.

(Se quitan las máscaras y se saludan. Los demás se acercan.)

CENTELLAS:  
¡Don Juan!

AVELLANEDA:  
¡Don Luis!

DON JUAN:  
¡Caballeros!

DON LUIS:  
¡Oh, amigos! ¿Qué dicha es ésta?

AVELLANEDA:  
Sabíamos vuestra apuesta,  
y hemos acudido a veros.

DON LUIS:  
Don Juan y yo, tal bondad,  
en mucho os agradecemos.

DON JUAN:  
El tiempo no malgastemos,  
don Luis. Sillas arrimad.  
¿Estamos listos?

DON LUIS:  
Estamos.

DON JUAN:  
Como quien somos, cumplimos.

DON LUIS:  
Veamos, pues, lo que hicimos.

DON JUAN:  
Bebamos antes.

DON LUIS:  
Bebamos.

DON JUAN:  
La apuesta fue...

DON LUIS:  
Porque un día  
dije que en España entera  
no habría nadie que hiciera  
lo que hiciera don Luis Mejía.

DON JUAN:  
Y siendo contradictorio  
al vuestro mi parecer,  
yo os dije: «Nadie ha de hacer  
lo que haga don Juan Tenorio.»  
¿No es así?

DON LUIS:

Sin duda alguna.  
Y vinimos a apostar  
quién, de ambos, sabría obrar  
peor, con mejor fortuna,  
en el término de un año,  
juntándonos aquí hoy  
a probarlo.

Y aquí estoy.

DON JUAN:

Y yo.

DON LUIS:

¡Empeño bien extraño!

CENTELLAS:

Pues, señor, yo desde aquí,  
buscando mayor espacio  
para mis hazañas, di  
sobre Italia, porque allí  
tiene el placer un palacio.  
De la guerra y del amor  
antigua y clásica tierra,  
y en ella el emperador,  
con ella y con Francia en guerra,  
dijeme: «¿Dónde mejor?»  
En Roma, a mi apuesta fiel,  
fijé, entre hostil y amatorio,  
en mi puerta este cartel:  
«Aquí está don Juan Tenorio  
para quien quiera algo de él.»  
De aquellos días la historia  
a relataros renuncio.

DON JUAN:

Remítome a la memoria  
que dejé allí, y de mi gloria  
podéis juzgar por mi anuncio.  
Salí de Roma por fin,  
como os podéis figurar,  
con un disfraz harto ruin  
y a lomos de un mal rocin,  
pues me querían ahorcar.  
Nápoles, rico vergel  
de amor, de placer emporio,  
leyó mi segundo cartel:  
«Aquí está don Juan Tenorio  
y no hay hombre para él.»  
Esto escribí, y en medio año  
que mi presencia gozó  
Nápoles, no hay lance extraño,  
no hubo escándalo ni engaño  
en que no me hallara yo.  
Por donde quiera que fui  
la razón atropellé,  
la virtud escarnecí,  
a la justicia burlé  
y a las mujeres mentí.

(Se sientan.)

(Beben.)

Yo a las cabañas bajé,  
yo a los palacios subí,  
y en todas partes dejé  
memoria amarga de mí.  
A quien quise provoqué,  
con quien quise me batí,  
y nunca consideraré  
que pudo matarme a mí  
aquél a quien yo maté.  
A esto don Juan se arrojó,  
y escrito en este papel  
está cuánto consiguió,  
y lo que él aquí escribió  
mantenido está por él.

DON LUIS:

Leed, pues.

DON JUAN:

No, oigamos antes  
vuestros bizarrros extremos,  
y, si traéis terminantes  
vuestras notas comprobantes,  
lo escrito cotejaremos.

DON LUIS:

Decís bien. Cosa es que está,  
don Juan, muy puesta en razón.  
Aunque, a mi ver, poco irá  
de una a otra relación.

DON JUAN:

Empezad pues.

DON LUIS:

Allá va.  
Buscando yo, como vos,  
a mi aliento empresas grandes,  
dije: «¿Dónde irá, por Dios,  
de amor y lides en pos.  
que vaya mejor que a Flandes?»  
Y en Flandes conmigo di;  
mas con tan negra fortuna,  
que al mes de encontrarme allí  
todo mi caudal perdí,  
dobla a dobla, una por una.  
En tan total carestía,  
faltándome los dineros,  
de mí todo el mundo huía;  
mas yo busqué compañía  
y me uní a unos bandoleros.  
Juróme al punto esa gente  
capitán, por más valiente.  
Jureles yo amistad franca,  
y a la semana siguiente  
huí y les dejé sin blanca.  
Salté a Francia. ¡Buen país!  
Y como en Nápoles vos,  
puse un cartel en París,

diciendo: «Aquí hay un don Luis  
que vale lo menos dos.  
Parará aquí algunos meses,  
y no trae más intereses  
ni se aviene a más empresas,  
que adorar a las francesas  
y a reñir con los franceses.»  
Esto escribí, y en medio año  
que mi presencia gozó  
París, no hubo lance extraño,  
ni hubo escándalo ni daño  
donde no me hallara yo.  
Mi hacienda llevo perdida  
tres veces. Mas se me antoja  
reponerla, y me convida  
mi boda comprometida  
con doña Ana de Pantoja.  
Mujer muy rica me dan  
y mañana hay que cumplir  
los tratos que hechos están:  
lo que os advierto don Juan,  
por si queréis asistir.  
A esto don Luis se arrojó,  
y escrito en este papel  
está lo que consiguió.  
Y lo que él aquí escribió,  
mantenido está por él.

DON JUAN:

La historia es tan semejante,  
que está en el fiel la balanza.  
Mas vamos a lo importante,  
que es el guarismo a que alcanza  
el papel; conque adelante.

DON LUIS:

Razón tenéis en verdad.  
Aquí está el mío, mirad:  
por una línea apartados  
traigo los nombres sentados  
para mayor claridad.

DON JUAN:

Del mismo modo arregladas  
mis cuentas traigo en el mío:  
en dos líneas separadas  
los muertos en desafío  
y las mujeres burladas.

DON LUIS:

Contad, don Juan.

DON JUAN:

Veintitrés.

DON LUIS:

Son los muertos. A ver vos.  
¡Por la cruz de San Andrés!  
Aquí sumo treinta y dos.

DON JUAN:

Son los muertos.

DON LUIS: Matar es.

DON JUAN: Nueve os llevo.

DON LUIS: Me vencéis. Pasemos a las conquistas.

DON JUAN: Sumo aquí cincuenta y seis.

DON LUIS: Y yo sumo en vuestras listas setenta y dos.

DON JUAN: Pues perdéis.

DON LUIS: Sí, que vuestra lista es cabal.

DON JUAN: Desde una princesa real a la hija de un pescador, ha recorrido mi amor toda la escala social. ¿Tenéis algo que tachar?

DON LUIS: Sólo una os falta, en justicia. ¿Me la podéis señalar?

DON JUAN: Sí, por cierto: una novicia que esté para profesar.

DON JUAN: ¡Bah! Pues yo os complaceré doblemente, porque os digo que a la novicia uniré la dama de algún amigo que para casarse esté. Pero, la verdad a hablaros, pedir más no se me antoja, y pues que vais a casaros, mañana pienso quitaros a doña Ana de Pantoja.

DON LUIS: ¡Don Juan! ¿Qué es lo que decís?

DON JUAN: ¡Don Luis! Lo que oído habéis.

DON LUIS: Ved, don Juan, lo que emprendéis.

DON JUAN: Lo que he de lograr, don Luis.

(En este momento se levanta de su mesa don Gonzalo, que ha permanecido inmóvil, escuchando hasta ahora.)

DON GONZALO: ¡Insensatos! Vive Dios que, a no temblarme las manos, a palos, como a villanos, os diera muerte a los dos.

DON JUAN: ¡Veamos! (Lleva la mano al puño de su espada.)

DON GONZALO: Excusado es, que he vivido lo bastante para no estar arrogante donde no puedo.

DON JUAN: Idos, pues.

DON GONZALO: Antes, don Juan, de salir de donde oírme podáis, es necesario que oigáis lo que os tengo que decir. Vuestro buen padre, don Diego, porque pleitos acomoda, os apalabró una boda que iba a celebrarse luego. Pero por mí mismo yo lo que érais queriendo ver, vine aquí al anochecer y el veros me avergonzó.

DON JUAN: Pues ya di pronto quién eres, porque me siento capaz de arrancarte el antifaz, con el alma que tuvieres.

DON GONZALO: ¡Don Juan!

DON JUAN: ¡Pronto!

DON GONZALO: Mira, pues.

DON JUAN: ¡Don Gonzalo!

DON GONZALO: El mismo soy. Adiós, don Juan. Mas, desde hoy no penséis en doña Inés; porque antes que consentir en que se case con vos, el sepulcro, juro a Dios, por mi mano la he de abrir.

DON JUAN: Me hacéis reír, don Gonzalo, pues venirme a provocar es como ir a amenazar a un león con un mal palo. Y pues hay tiempo, advertir os quiero a mi vez a vos que, o me la dais, o por Dios que a quitároslo he de ir.

DON GONZALO: ¡Miserable!

DON JUAN: ¡Dicho está! Sólo una mujer como ésta me falta para mi apuesta. Ved, pues, que apostada va.

(En este momento, se levanta de su mesa don Diego, que había permanecido embocado en su capa, y se encara con don Juan.)

DON DIEGO: No puedo más escucharte, vil don Juan, porque recelo

que hay algún rayo del cielo  
preparado a aniquilarte.  
Pues no pudiendo creer  
lo que de ti me decían,  
confiando en que mentían  
te vine esta noche a ver.  
Pero te juro, malvado,  
que me pesa haber venido  
para salir convencido  
de lo que es para ignorado.  
Sigue, pues, con ciego afán  
en tu torpe frenesí;  
mas nunca vuelvas a mí.  
No te conozco, don Juan.

**DON JUAN:** ¿Quién nunca a ti se volvió,  
ni quién osa hablarme así,  
ni qué se me importa a mí  
que me conozcas o no?

**DON DIEGO:** Adiós, pues. Mas no te olvides  
de que hay un Dios justiciero.

**DON JUAN:** Deténte, que verte quiero.

**DON DIEGO:** Nunca. En vano me lo pides.

**DON JUAN:** Pues será cuando me cuadre.

**DON DIEGO:** ¿Cómo?

**DON JUAN:** Así.

**DON GONZALO:** ¡Don Juan!

**DON DIEGO:** Me has puesto en la faz la mano.  
¡Villano!

**DON JUAN:** ¡Válgame Cristo, mi padre!

**DON DIEGO:** Mientes. No lo fui jamás.

**DON JUAN:** ¡Reportáos, por Belcebú!

**DON DIEGO:** No: los hijos como tú  
son hijos de Satanás.  
Don Gonzalo, nulo sea  
lo hablado.

**DON GONZALO:** Ya lo es por mí.  
Vamos.

**DON DIEGO:** Sí, vamos de aquí,  
donde tal monstruo no vea.  
Don Juan, en brazos del vicio,  
desolado te abandono.  
Me matas... mas te perdono,  
de Dios en el santo juicio.

**DON JUAN:** ¡Largo el plazo me ponéis!



(Le arranca el antifaz.)



Mas ved que os quiero advertir que yo no os he ido a pedir jamás que me perdonéis. Conque no paséis afán de aquí adelante por mí:

que como vivió hasta aquí vivirá siempre don Juan. *(Salen don Diego y don Gonzalo.)*  
*(Don Juan brinda con sus amigos, y beben.)*

Ea, ya salimos del paso, y no hay que extrañar la homilía.

Son pláticas de familia de las que nunca hice caso. Conque lo dicho, don Luis: van doña Ana y doña Inés en apuesta.

DON LUIS: Y el precio es la vida.

DON JUAN: Vos lo decís. *(Salen ambos.)*

AVELLANEDA: ¡Parece un juego ilusorio!

CENTELLAS: ¡Sin verlo no lo creería!

AVELLANEDA: Pues yo apuesto por Mejía.

CENTELLAS: Y yo pongo por Tenorio. *(Brindan y beben.)*

## ACTO SEGUNDO

### ESCENA PRIMERA

*(Una calle, a la que da la casa de doña Ana de Pantoja, haciendo esquina con otra calleja. Es de noche y hay escasa luz. En escena don Luis Mejía y el criado, Pascual.)*

PASCUAL: En esa calleja estrecha hay una reja; llamad ahora, y descuidad mientras en mí.

DON LUIS: Es cosa hecha.

PASCUAL: Don Luis, hasta luego, pues.

DON LUIS: *(Aparte.)* Adiós, Pascual, hasta luego. Jamás tal desasosiego tuve. Paréceme que es *(Sale Pascual.)*

esta noche hora menguada para mí... y no sé qué vago presentimiento, qué estrago teme mi alma acongojada.

Por Dios, que nunca pensé que a doña Ana amara así, ni por ninguna sentí lo que por ella. Pues a fe que de don Juan me amedrenta no el valor, mas la aventura. Parece que le asegura Satanás en cuanto intenta.

*(Llama a la ventana. Abre doña Ana.)*

¿Quién va?

No es Pascual.

¡Don Luis!

¡Doña Ana!

¿Por la ventana llamas ahora?

¡Ay, doña Ana, cuán a buen tiempo salís!

¿Pues qué hay, Mejía?

Un empeño por tu beldad, con un hombre que temo.

¿Y qué hay que te asombre en él, cuando eres tú el dueño de mi corazón?

Doña Ana, no lo puedes comprender, de ese hombre, sin conocer nombre y suerte.

Será vana su buena suerte conmigo.

Ya ves: sólo horas nos faltan para la boda, y te asaltan vanos temores.

Testigo

me es Dios, que nada por mí me da pavor mientras tenga espada, y ese hombre venga cara a cara contra ti.

Es, como el león, audaz, y cauteloso y prudente como la astuta serpiente.

¡Bah! Duerme don Luis, en paz, que su audacia y su prudencia nada lograrán de mí, pues tengo cifrada en ti la gloria de mi existencia.

DOÑA ANA: Sí, aquí. (Se oculta.)  
 DON LUIS: Mas se acercan. ¿Quién va allá?  
 DON JUAN: Quién va.  
 (Se acerca, embozado.)  
 DON LUIS: De quien va así, ¿qué se infiere?  
 DON JUAN: Que quiere.  
 DON LUIS: ¿Ver si la lengua le arranco?  
 DON JUAN: El paso franco.  
 DON LUIS: Guardado está.  
 DON JUAN: ¿Y yo soy manco?  
 DON LUIS: Tampoco don Luis Mejía.  
 DON JUAN: No os debo yo cortesía. (Descubre el rostro.)  
 DON LUIS: Perdéis, don Juan. (Saca la espada.)  
 DON JUAN: Lo veremos.  
 La dama entrambos tenemos sitiada, y estáis cogido.  
 DON LUIS: Tiempo hay.  
 DON JUAN: Para vos, perdido.  
 (En ese momento aparecen por detrás de don Luis Mejía, Ciutti y otros compinches, que desarman a don Luis, le tapan la boca y le sujetan los brazos.)  
 Encerrádmeme hasta el día.  
 La apuesta está ya en mi mano.  
 Adiós, don Luis; si os la gano, traición es, mas como mía.  
 (Se llevan a don Luis Mejía. Quedan en escena don Juan y Ciutti.)  
 CIUTTI: Buen lance, ¡viven los cielos!  
 DON JUAN: Éstos son los que dan fama: mientras le robo la dama, él se arrancará los pelos. Mas no hay ya de ello que hablar. ¿Mis encargos has cumplido?  
 CIUTTI: Todos los he concluido mejor que pude esperar.  
 DON JUAN: ¿Brígida?  
 CIUTTI: Me dio la llave de la puerta del jardín, por donde habrá de entrar al fin.

DON LUIS: Habla bajo, por si escuchas tal vez alguno.  
 DOÑA ANA: Oye, pues.  
 (Mientras don Luis y doña Ana siguen hablando en la reja, entran en escena don Juan y Ciutti.)  
 CIUTTI: Señor, por mi vida que es vuestra suerte, buena y mucha.  
 DON JUAN: ¡Ja, ja!  
 CIUTTI: Mas, señor, callad.  
 DON JUAN: ¿Qué hay, Ciutti?  
 CIUTTI: Al doblar la esquina, en esa reja vecina he visto un hombre.  
 DON JUAN: Es verdad...  
 (Mira.) Pues ahora sí que es mejor el lance... ¿Y si es éste?  
 CIUTTI: ¿Quién?  
 DON JUAN: Don Luis.  
 CIUTTI: Imposible.  
 DON JUAN: Toma,  
 CIUTTI: ¿no estoy yo aquí?  
 Diferencia va de él a vos.  
 DON JUAN: Evidencia lo creo, Ciutti... Allí asoma tras de la reja una dama. No perdamos lance y fama: tú, con varios de los míos por esa calle escurritós...  
 CIUTTI: ¿Dando la vuelta? Acaso cerrará ella...  
 DON JUAN: Pues con eso, ella ignorante y él preso, nos dejará franco el paso.  
 DON LUIS: Páguete el cielo, Ana mía, satisfacción tan entera...  
 DOÑA ANA: Porque me juzgues sincera, velaremos hasta el día.  
 DON LUIS: Volveré, pues, otra vez.  
 DOÑA ANA: Sí, a las diez.  
 DON LUIS: ¿Me aguardarás, Ana?

(Vase Ciutti.)

DON JUAN:

Mejor suerte ya no cabe.  
¿Y los caballos?

CIUTTI:

Con silla  
y freno los tengo ya.

DON JUAN:

¿Y el barco?

CIUTTI:

Presto está.

DON JUAN:

Bien, Ciutti. Mientras Sevilla  
tranquila en sueño reposa,  
creyéndome ya alejado,  
otros dos nombres añado  
a mi lista numerosa.

CIUTTI:

Pues, señor, ¡soberbio envite!

DON JUAN:

Muchos hice hasta esta hora;  
mas, por Dios, que éste de ahora  
será tal, que me acredite. *(Se ríe.)*  
Con oro nada hay que falle.  
Ciutti, ya sabes mi intento:  
a las nueve en el convento,  
a las diez en esta calle.

*(Vanse.)*

ACTO TERCERO  
SEGUNDA

*(Celda de doña Inés, en el convento. En escena, doña Inés. Al momento entra Brígida.)*

BRÍGIDA:

Buenas noches, doña Inés.

DOÑA INÉS:

¿Cómo habéis tardado tanto?

BRÍGIDA:

Voy a cerrar esta puerta.

DOÑA INÉS:

Hay orden de que esté abierta.

BRÍGIDA:

Eso es muy bueno y muy santo  
para las otras novicias,  
que han de consagrarse a Dios;  
no, doña Inés, para vos.

DOÑA INÉS:

Brígida, ¿no ves que vicias  
las reglas del monasterio,  
que no permiten...?

BRÍGIDA:

¡Bah, bah!

*(Cierra la puerta.)*

Más seguro así se está,  
pues se habla sin misterio  
ni estorbos. ¿Habéis mirado  
el libro que os he traído?

DOÑA INÉS:

¡Ay, se me había olvidado!

BRÍGIDA:

Pues me hace gracia el olvido.  
Es don Juan quien te lo envía.  
¿Qué escucho? ¡Oh! Yo no debo  
tomarlo.

DOÑA INÉS:

¡Pobre mancebo!  
Desairarle así, sería  
matarle.

BRÍGIDA:

*(Doña Inés toma el libro. Al abrirlo cae una carta.)*

DOÑA INÉS:

¡Un papelito!

BRÍGIDA:

¡Una carta! Claro está:  
en esa carta os vendrá  
ofreciendo el regalito.

DOÑA INÉS:

Pues vamos la carta a ver.

BRÍGIDA:

¿En qué os paráis? ¿Un suspiro?

DOÑA INÉS:

¡Ay! Que cuánto más la miro,  
menos me atrevo a leer.  
«Doña Inés del alma mía...»  
¡Virgen santa! Qué principio...

BRÍGIDA:

Vendrá en verso, y será un ripio  
que traerá la poesía.  
¡Vamos! Seguid adelante.

DOÑA INÉS:

*(Leyendo.)*

«Luz de donde el sol la toma,  
hermosísima paloma  
privada de libertad:  
si os dignáis por estas letras  
pasar vuestros lindos ojos,  
no los tornéis con enojos  
sin concluir; acabad.»

BRÍGIDA:

¡Qué humildad, qué finura!  
¿Dónde hay mayor sentimiento?

DOÑA INÉS:

Brígida, no sé qué siénto...

BRÍGIDA:

Seguid, seguid la lectura.

DOÑA INÉS:

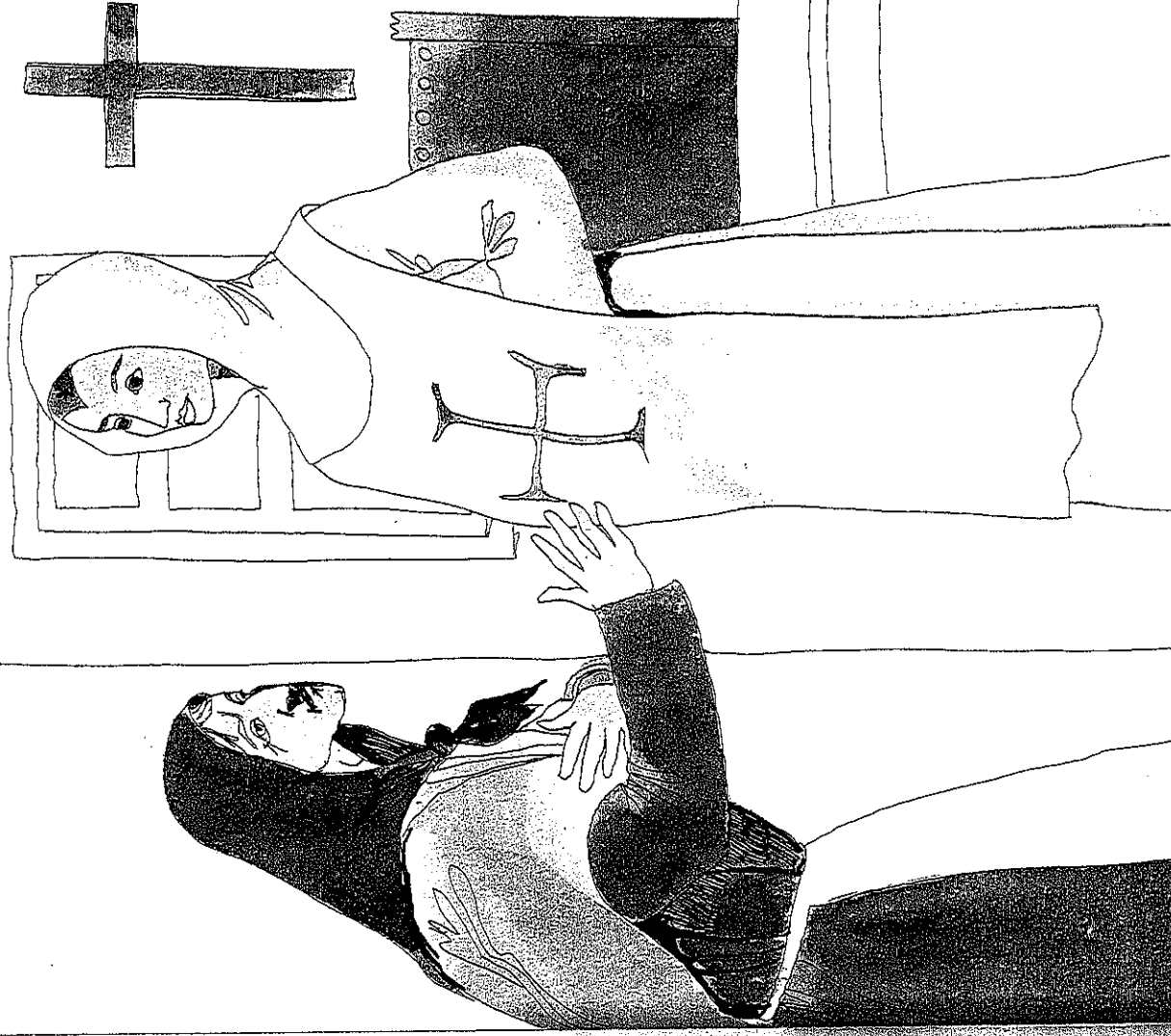
«Inés, alma de mi alma,  
perpetuo imán de mi vida,  
perla sin concha, escondida  
entre las algas del mar;  
garza que nunca del nido  
tender osásteis el vuelo  
al diáfano azul del cielo,  
para aprenderlo a cruzar:

si es que, a través de esos muros,  
el mundo, apenada, miras  
y por el mundo suspiras  
de libertad con afán,  
acuérdate que al pie mismo

de esos muros que te guardan,  
para salvarte, te aguardan  
los brazos de tu don Juan.»  
¡Ah! ¿Qué filtro envenenado  
me das en este papel,  
que el corazón desgarrado  
me estoy sintiendo con él?  
¿Qué es lo que engendra en mi alma  
tan nuevo y profundo afán?  
¿Quién roba la dulce calma  
de mi corazón?

(A Brígida.)

- BRÍGIDA: Don Juan:  
DOÑA INÉS: ¿Don Juan dices? ¡Cielo santo!  
BRÍGIDA: ¿Quién, si no, había de ser?  
Don Juan, al que amáis tanto,  
que aquí puede aparecer...  
DOÑA INÉS: ¡Me amedrentas! ¿Puede ese hombre  
llegar hasta aquí?  
BRÍGIDA: Quizá,  
porque el eco de su nombre  
tal vez llega donde está.  
DOÑA INÉS: ¡Cielos! ¿Podrá?  
BRÍGIDA: Quién sabe...  
DOÑA INÉS: ¿Es un espíritu pues?  
BRÍGIDA: No, mas si tiene una llave...  
DOÑA INÉS: ¡Dios!  
BRÍGIDA: Silencio, doña Inés,  
¿no oís pasos?  
DOÑA INÉS: ¡Ay! Ahora  
nada oigo.  
BRÍGIDA: Las nueve dan.  
DOÑA INÉS: Sube... se acerca... señora,  
llega hasta aquí.  
BRÍGIDA: ¿Quién?  
DOÑA INÉS: Don Juan.  
BRÍGIDA: (Entra don Juan.)  
DOÑA INÉS: ¿Qué es esto? ¿Sueño o deliro?  
DON JUAN: ¡Inés de mi corazón!  
DOÑA INÉS: ¿Es realidad lo que miro,  
o es una fascinación?  
Tenedme... apenas respiro...  
Sombra... ¡huye, por compasión!  
(Se desmaya en los brazos de don Juan.)



DON JUAN:

Mí gente abajo me espera.  
Sígueme.

BRÍGIDA:

¡Sin alma estoy!  
¡Ay! Este hombre es una fiera,  
nada le ataja ni altera...  
Sí, sí... a tu sombra me voy.

(*Salen.*)

ESCENA TERCERA

(*Quinta de don Juan Tenorio, cerca de Sevilla y sobre el Guadalquivir. Balcón en el fondo y puertas a cada lado. Entran Brígida y Ciutti.*)

BRÍGIDA:

¡Qué noche, válgame Dios!  
A poderlo adivinar,  
no me meto yo a servir  
a tan fogoso don Juan.  
¡Ay, Ciutti! Molido estoy,  
no me puedo menear.

CIUTTI:

Pues ¿qué os duele?

BRÍGIDA:

Y toda el alma, además.

CIUTTI:

Pues no estáis acostumbrada  
al caballo, es natural.

BRÍGIDA:

Mil veces pensé caer...  
¡Jesús! Y esa niña ¿está  
reposando todavía?

CIUTTI:

¡Chis! Ya siento a doña Inés...  
Ahora me voy, pues don Juan  
encargó que sola vos  
debáis con ella hablar.

BRÍGIDA:

Y encargó bien, que yo entiendo  
de esto.

CIUTTI:

Adiós, pues.

BRÍGIDA:

Vete en paz.

DOÑA INÉS:

(*Entra.*)  
¡Dios mío, cuánto he soñado!  
¡Loca estoy! ¿Qué hora será?  
Pero ¿qué es esto? ¡Ay de mí!  
No recuerdo que jamás  
haya visto este aposento.  
¿Quién me trajo aquí?

BRÍGIDA:

Don Juan.

DOÑA INÉS:

Siempre don Juan... Pero, di:  
¿aquí tú también estás,  
Brígida?

BRÍGIDA:

Sí, doña Inés.

DOÑA INÉS:

Pero dime, en caridad,  
¿dónde estamos? ¿Este cuarto  
es del convento?

BRÍGIDA:

Mirad,  
mirad por ese balcón,  
y alcanzaréis lo que va  
desde el convento de monjas,  
a una quinta de don Juan.

DOÑA INÉS:

Pero ¿es su casa? Al punto  
salgamos de ella. Yo tengo  
la de mi padre.

BRÍGIDA:

Convento  
con vos, pero es el asunto...

DOÑA INÉS:

¿Qué?

BRÍGIDA:

Que no podemos ir.

DOÑA INÉS:

Oír tal me maravilla.

BRÍGIDA:

Nos aparta de Sevilla  
el gran río Guadalquivir.

DOÑA INÉS:

Vamos, pues, vamos de aquí,  
primero que ese hombre venga,  
pues fuerza acaso no tenga  
si le veo junto a mí.  
Vamos, Brígida.

BRÍGIDA:

¿no oís?  
Esperad,

DOÑA INÉS:

¿Qué?

BRÍGIDA:

Ruido de remos.

DOÑA INÉS:

Si dices bien, volveremos  
en un bote a la ciudad.

BRÍGIDA:

Más tarde nos devolverán  
a casa; mas, antes de irnos,  
es preciso despedirnos  
a lo menos de don Juan.

DOÑA INÉS:

Sea, y vamos al instante.  
No quiero volverle a ver.

BRÍGIDA:

Los ojos te harán volver,  
al encontrarle delante.

(*Se oyen voces en la casa.*)

DON JUAN:

¿Es aquí dentro donde están?  
(*Fuera.*)

(*Va a la puerta.*)

Sí, señor.

CIUTTI:  
(Fuera.)

DON JUAN:  
(Fuera.) Alumbra.

BRÍGIDA:  
(Entra.) Él es.

DON JUAN:  
(Entra.) ¿Adónde vais, doña Inés?

DOÑA INÉS:  
Dejadme salir, don Juan.

(Don Juan hace una seña a Brígida para que salga y los deja solos. Brígida sale al instante.)

DON JUAN:  
Cálmate ya, vida mía,  
reposa aquí, y un momento  
olvida de tu convento  
la triste cárcel sombría.  
¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor,  
que en esta apartada orilla  
más pura la luna brilla  
y se respira mejor?

Este aura que vaga, llena  
de los sencillos olores  
de las campesinas flores  
que brota esa orilla amena;  
ese agua limpia y serena  
que atraviesa sin temor  
la barca del pescador  
que espera, cantando al día,  
¿no es cierto, paloma mía,  
que están respirando amor?  
Esa armonía que el viento  
recoge entre esos millares  
de floridos olivares  
que agita con manso aliento;  
ese dulcísimo acento  
con que trina el ruiseñor,  
de sus copas morador,  
llamando al cercano día,  
¿no es verdad, gacela mía,  
que están respirando amor?  
Y estas palabras que están  
filtrando insensiblemente  
tu corazón, ya pendiente  
de los labios de don Juan,  
y cuyas ideas van  
inflamando en su interior  
un fuego germinador  
no encendido todavía,  
¿no es verdad, estrella mía  
que están respirando amor?

¡Oh, sí, bellísima Inés!  
Esecharme sin enojos,  
como lo haces, amor es.  
Mira aquí, a tus plantas pues,  
todo el altivo rigor  
de este corazón traidor  
que rendirse no creía,  
adorando, vida mía,  
la esclavitud de tu amor.

DOÑA INÉS:  
Callad, por Dios, ¡oh, don Juan!  
que no podré resistir  
mucho tiempo, sin morir,  
tan nunca sentido afán.  
¡Ah! Callad, por compasión,  
que oyéndoos, me parece  
que mi cerebro enloquece  
y se arde mi corazón.

¿Y qué he de hacer, ¡ay de mí!  
sino caer en vuestros brazos,  
si el corazón en pedazos  
me vais robando de aquí?  
No, don Juan. En poder mío  
resistirte no está ya:

yo voy a ti, como va  
sorbido al mar ese río.  
Tu presencia me enajena,  
tus palabras me alucinan  
y tus ojos me fascinan  
y tu aliento me envenena.  
¡Don Juan, don Juan! Yo lo imploro  
de tu hidalga compasión:  
o arráncame el corazón,  
o ámame, porque te adoro.

DON JUAN:  
¡Alma mía! Esa palabra  
cambia de modo mi ser,  
que alcanzo que puede hacer  
hasta que el Edén se me abra.  
No es, doña Inés, Satanás  
quien pone este amor en mí.  
Es Dios, que quiere por ti  
ganarme para El, quízás.  
Desecha, pues, tu inquietud,  
bellísima doña Inés,  
porque me siento, a tus pies,  
capaz aún de la virtud.  
Yo iré mi orgullo a postrar  
ante el buen Comendador,  
y habrá de darme tu amor  
o me tendrá que matar.

DOÑA INÉS:  
¡Don Juan de mi corazón!

DON JUAN: ¡Silencio! ¿Habéis escuchado?

DOÑA INÉS: ¿Qué?

BRÍGIDA: ¡Una barca ha atracado debajo de este balcón!

DON JUAN: Un hombre embozado, de ella salta... Brígida, al momento pasad al otro aposento, y acompañad a Inés bella.

(A doña Inés, aparte.) No tardaré. Hasta mi quinta me vienen siguiendo el paso. Estaré, pues, por si acaso, con las armas en la cinta.

(Se ciñe una espada y suspende al cinto una pistola. Entra Ciutti.)

CIUTTI: Perdón, señor.

DON JUAN: ¿Qué sucede?

CIUTTI: Ahí fuera está un embozado, en veros muy empenado.

DON JUAN: ¿Quién es?

CIUTTI: Dice que no puede descubrirse más que a vos, y que es cosa de tal prisa que en ella se os interesa la vida, a entrambos a dos.

DON JUAN: Que entre. Decid: ¿a qué venís a esta hora y con tal afán?

DON LUIS: Vengo a mataros, don Juan.

DON JUAN: Según eso, sois don Luis.

DON LUIS: No os engañó el corazón. El tiempo no malgastemos don Juan. Los dos no cabemos ya en la tierra.

DON JUAN: En conclusión, señor Mejía: ¿es decir que, porque os gané la apuesta, con salirnos a batir?

DON LUIS: Estáis muy puesto en razón: la vida apostado habemos y es fuerza que nos paguemos.

DON JUAN: Soy de la misma opinión.

DON LUIS: Me habéis, don Juan, maniatado, y habéis la casa asaltado usurpándome mi puesto. Y pues el mío tomásteis para triunfar de doña Ana, no sois vos, don Juan, quien gana, porque por otro jugásteis. Ardides del juego son. Pues no os los quiero pasar, y por ellos, a jugar vamos ahora el corazón. Salgamos pues.

DON JUAN: Esperad.

DON LUIS: ¿Qué sucede?

DON JUAN: Ruido sientto.

DON LUIS: Pues no perdamos momento.

CIUTTI: ¡Señor, la vida salvad!

DON JUAN: ¿Qué hay, pues?

CIUTTI: El Comendador, que llega con gente armada.

DON JUAN: Déjale franca la entrada, pero a él sólo.

CIUTTI: Mas, señor...

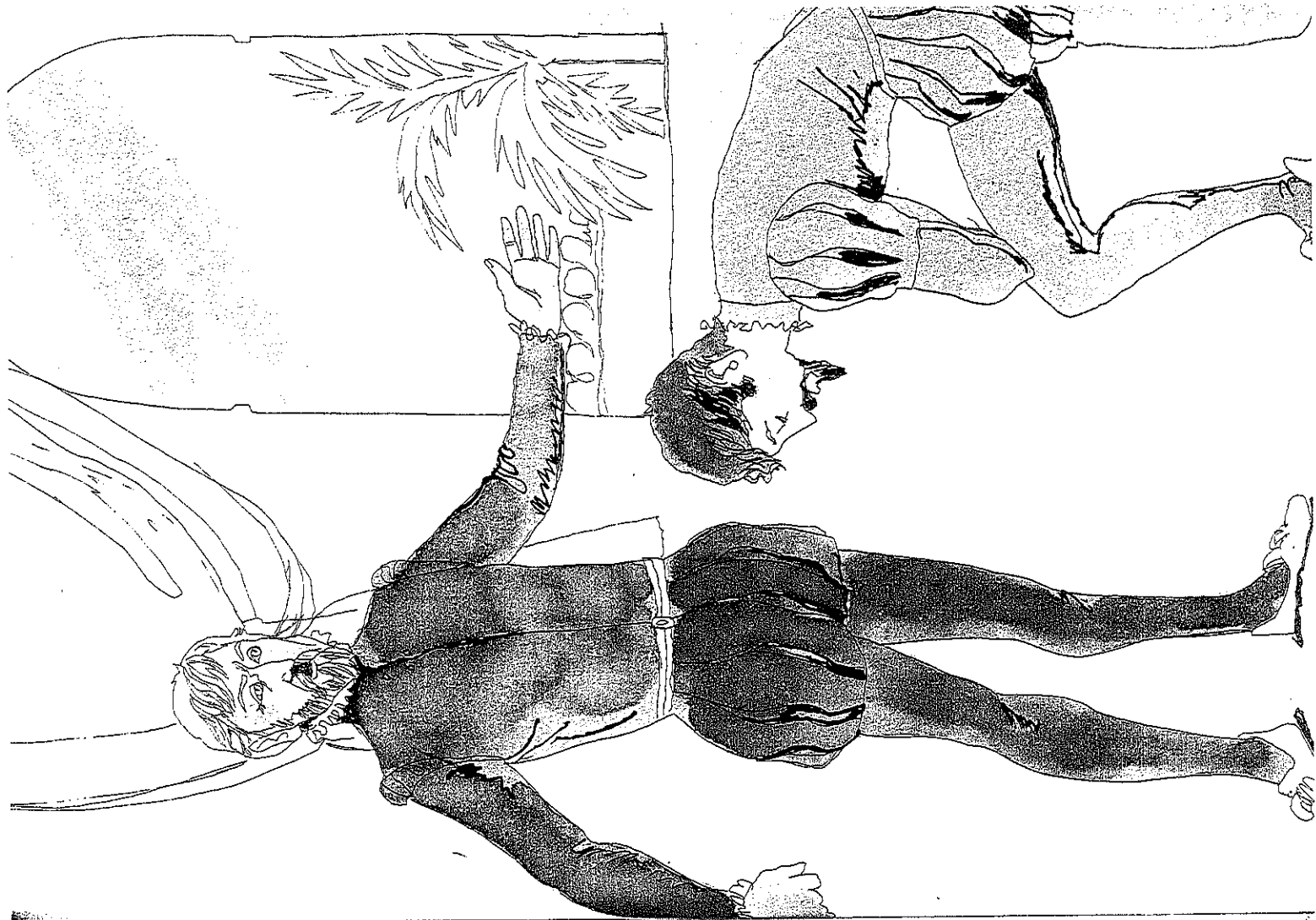
DON JUAN: Obedéceme. Don Luis, pues de mí os habéis fiado, como queda demostrado cuando a mi casa venís, no dudaré en suplicaros, pues mi valor conocéis, que un instante me aguardéis. Yo nunca os puse reparos... Desde ahí ved y escuchad: franca tendréis la puerta. Si veis mi conducta incierta, como os acomode obrad. Me avengo, si muy reacio no andáis.

DON LUIS: Calculadlo vos a placer. Mas, vive Dios, que para todo hay espacio.

DON JUAN: (Entra don Luis en el cuarto que le señala don Juan. Al momento aparece Ciutti.)

CIUTTI: Señor, ya llega aquí.  
 DON JUAN: Él es.  
 (Entra don Gonzalo y vase Ciutti.)

DON GONZALO: ¿Aquí estáis, don Juan traidor?  
 DON JUAN: Aquí estoy, Comendador.  
 DON GONZALO: ¿De rodillas?  
 DON JUAN: Y a tus pies.  
 DON GONZALO: Vil eres hasta en tus crímenes.  
 DON JUAN: Anciano, la lengua ten,  
 y escúchame un solo instante.  
 DON GONZALO: Tú has robado a mi hija Inés  
 de su convento, y yo vengo  
 por tu vida o por mi bien.  
 DON JUAN: Pues yo conservo a tus plantas  
 la postura en que me ves,  
 considera, don Gonzalo,  
 qué razón debo tener.  
 DON GONZALO: Lo que tienes es pavor  
 de mi justicia.  
 DON JUAN: ¡Pardiez!  
 Óyeme, Comendador,  
 o tenerme no sabré,  
 y seré quien siempre he sido,  
 no queriéndolo ahora ser.  
 DON GONZALO: ¡Vive Dios!  
 DON JUAN: Comendador,  
 yo idolatro a doña Inés,  
 persuadido de que el cielo  
 me la quiso conceder  
 para enderezar mis pasos  
 por el sendero del bien.  
 No amé su hermosura en ella,  
 ni sus gracias adoré;  
 lo que adoro es la virtud,  
 don Gonzalo, en doña Inés.  
 DON GONZALO: Basta, don Juan, no sé cómo  
 me he podido contener.  
 Nunca serás tú su esposo,  
 primero la mataré.  
 Entrégamela ya al punto,  
 o, sin poderte valer,  
 en esa postura vil  
 el pecho te cruzaré.





DON GONZALO: ¡Asesino!  
 DON JUAN: Y tú, insensato, que me llamas vil ladrón, di, en prueba de mi razón, que, cara a cara, te mato.  
 (Cae muerto.)

(*Riñen con las espadas, y al cabo don Juan le da una estocada.*)

DON LUIS: ¡Jesús!  
 DON JUAN: Tarde tu fe ciega acude al cielo, Mejía, y no fue por culpa mía... Pero la justicia llega, y a fe que ha de ver quién soy.  
 ¡Don Juan!

CIUTTI: ¡Ciutti!  
 (Entra.) Por aquí,  
 DON JUAN: ¡Ciutti!  
 CIUTTI: ¡Hay paso?  
 Sí.  
 Arrojáos.  
 (Ciutti se lanza desde el balcón.)

DON JUAN: Allá voy.  
 Llamé al cielo y no me oyó, y pues sus puertas me cierra, de mis pasos en la tierra responda el cielo, y no yo.  
 (Entran apresuradas doña Inés y Brígida.)

BRÍGIDA: ¡Don Gonzalo!  
 DOÑA INÉS: ¡Ah, qué horror!  
 ¡Padre mío! ¡Muerto es!  
 Sí.  
 ¿Dónde estás, don Juan, que aquí me olvidas, en tal dolor?  
 ¡Él lo asesinó!  
 ¿Me guardabas esto más?  
 ¡Dios mío!  
 Por allí, ese Satanás, se arrojó sin duda al río. Miradlos... a bordo están de un bergantín calabrés.  
 (Va al balcón.)

DON JUAN: Míralo bien, don Gonzalo, que vas a hacerme perder con ella, hasta la esperanza de mi salvación tal vez.  
 DON GONZALO: ¿Y qué tengo yo, don Juan, con tu salvación que ver?  
 DON JUAN: ¡Comendador, que me pierdes!  
 DON GONZALO: ¡Mi hija!  
 DON JUAN: Considera bien que por cuantos medios pude te quise satisfacer, y que, con armas al cinto, tus denuestos toleraré, proponiéndote la paz de rodillas y a tus pies.  
 DON LUIS: Muy bien, don Juan.  
 (Sale don Luis.)

DON JUAN: ¡Vive Dios!

DON GONZALO: ¿Quién es este hombre?  
 DON LUIS: Un testigo de su miedo, y un amigo, Comendador, para vos.

DON GONZALO: ¡Don Luis!  
 DON LUIS: Ya he visto bastante, don Juan, para conocer cuál uso puedes hacer de tu valor arrogante. Y pues la ira soberana de Dios, junta, como ves, al padre de doña Inés y al vengador de doña Ana, mira el fin que aquí te espera cuando, a igual tiempo, te alcanza aquí dentro su venganza, y la justicia allá fuera...  
 DON JUAN: Pues acepto el que me daís, plazo breve y perentorio, para mostrarme el Tenorio de cuyo valor dudáis. ¡Ulloa, pues mi alma así vuelves a hundir en el vicio, cuando Dios me llame a juicio tú le responderás por mí!  
 (Empuña sus armas.)  
 (Le da un pistoletazo.)

DOÑA INÉS: ¡Justicia por doña Inés,  
pero no contra don Juan!

(*Queda llorando, arrodillada sobre el cadáver de su padre.*)

### ACTO TERCERO

#### ESCENA PRIMERA

(*La escena representa el panteón de la familia Tenorio, donde pueden verse los sepulcros de don Diego, don Gonzalo de Ulloa, don Luis Mejía y doña Inés, sobre los cuales se alzan sus estatuas de mármol. Cipreses y flores de todas clases embellecen el lugar, alumbrado por una clara luna, en una tranquila noche de verano. En escena el escultor. Poco después llega don Juan.*)

ESCULTOR:  
(*Habla a las estatuas que ha esculpido.*)

¡Oh, frutos de mis desvelos,  
peñas a quien yo animé,  
y por quienes arrojé  
la intemperie de los cielos!  
El que forma y ser os dio,  
va ya a perdersos de vista;  
velad mi gloria de artista,  
pues viviréis más que yo.  
Mas, ¿quién llega?

DON JUAN:

Dios os guarde.  
Caballero,

ESCULTOR:

Perdonad,  
mas ya es tarde y...

DON JUAN:

Aguardad  
un instante, porque quiero  
que me expliquéis...

ESCULTOR:

¿Por acaso  
sois forastero?

DON JUAN:

Años ha  
que faltó de España ya,  
y me chocó el ver al paso,  
cuando a esas verjas llegué,  
que encontrara este recinto  
enteramente distinto  
de cuando lo dejé.

ESCULTOR:

Ya lo creo; como que esto  
era entonces un palacio,  
y hoy es panteón el espacio  
donde aquél estuvo puesto.

DON JUAN:

¡El palacio hecho panteón!

ESCULTOR:

Tal fue de su antiguo dueño  
la voluntad, y fue empeño  
que dio al mundo admiración.

DON JUAN:

¡Y, por Dios, que es de admirar!

ESCULTOR:

Es una famosa historia  
a la cual debo mi gloria.

DON JUAN:

¿Me la podéis relatar?

ESCULTOR:

Sí, pero sucintamente,  
pues me aguardan.

DON JUAN:

Sea.

ESCULTOR:

la verdad pura.  
Oíd

DON JUAN:

que me tenéis impaciente.  
Decid,

ESCULTOR:

Pues habité esta ciudad  
y este palacio, heredado,  
Diego Tenorio, estimado  
por su noble calidad.  
Tuvo un hijo este don Diego,  
un mozo sangriento y cruel,  
peor mil veces que el fuego:  
pues a nadie respetó él.  
Así le pinta la historia,  
y, si tal era, por cierto  
que obró cuerdamente el muerto  
para ganarse la gloria.

DON JUAN:

¿Pues cómo obró?

ESCULTOR:

Dejó entera  
su hacienda al que la empleara  
en un panteón, que asombrara  
a la gente venidera;  
mas, con la condición, dijo,  
que se enterraran en él  
los que, a la mano cruel  
sucumbieron de su hijo.

DON JUAN:

Bien empleó sus riquezas  
el difunto.

ESCULTOR:

¡Ya lo creo!  
Miradle allí.

DON JUAN:

Ya le veo.

ESCULTOR:

¿Le conocisteis?

DON JUAN:

Sí.

(*Señala la estatua de don Diego.*)

ESCULTOR: Piezas son todas muy parecidas, y a conciencia trabajadas. Cierto que son extremadas.

DON JUAN: ¿Os han sido conocidas las personas?

ESCULTOR: Todas ellas.

DON JUAN: ¿Y os parecen bien?

ESCULTOR: Sin duda, según lo que a ver me ayuda el fulgor de las estrellas.

DON JUAN: ¡Oh! Se ven como de día con esta luna tan clara.

ESCULTOR: La de don Gonzalo es rara... ¡Buen busto es el de Mejía!

DON JUAN: ¡Mas, cielos! ¿Qué es lo que veo? O es ilusión de mi vista, o a doña Inés el artista aquí representa, creo.

ESCULTOR: Sin duda.

DON JUAN: ¿También murió?

ESCULTOR: Dicen que de sentimiento, cuando de nuevo al convento, abandonada, volvió, por don Juan.

DON JUAN: ¿Y yace aquí?

ESCULTOR: Sí.

DON JUAN: ¿La vésteis muerta vos?

ESCULTOR: Sí.

DON JUAN: ¿Cómo estaba?

ESCULTOR: ¡Por Dios, que dormida la creí! La muerte fue tan piadosa con su cándida hermosura, que la envió con la fresca y colores de la rosa.

DON JUAN: ¡Cuán bella y cuán parecida su efígie en el mármol es! ¡Quién pudiera, doña Inés, volver a darte la vida! Marchaos ya, no dudéis.

(Al escultor.)

ESCULTOR: Como no tengo el honor...

DON JUAN: Ea, acabad, escultor.

ESCULTOR: Cuando el nombre que tenéis supiera...

DON JUAN: Don Juan yo soy, (Pone el puño en la espada.) y si no me satisfices, compañía juro que haces a tus estatuas desde hoy.

(El escultor se marcha, desprovisto. Don Juan, riendo, habla a las estatuas.)

No os podréis quejar de mí, vosotros a quien maté: si buena vida os quité, buena sepultura os di. Hermosa noche... ¡Ay de mí! ¡Cuántas como ésta, tan puras, en infames aventuras, desatinado, perdí!

(Se dirige a la estatua de doña Inés, hablando con respeto.)

Mármol en quien doña Inés en cuerpo sin alma existe, deja que el alma de un triste lllore un momento a tus pies. Inocente doña Inés, cuya hermosa juventud encerró en el ataúd quien, llorando, está a tus pies. Si de esa piedra, a través, puedes mirar la amargura del alma que tu hermosa adoró con tanto afán, prepara un lado a don Juan en tu misma sepultura. ¡Oh, doña Inés de mi vida! Si es que de ti, desprendida, llega una voz a la altura y hay un Dios tras de esa anchura por donde los astros van, dile que mire a don Juan, llorando en tu sepultura...

(Don Juan se arrodilla ante el sepulcro. Por un momento, la estatua de doña Inés parece animarse, y se oye su voz.)

DOÑA INÉS: Yo a Dios mi alma ofrecí en precio de tu alma impura, y Dios, al ver la ternura con que te amaba mi afán, me dijo: «Espera a don Juan en tu misma sepultura,

y pues quieres ser tan fiel  
 a un amor de Satanás,  
 con don Juan te salvarás  
 o te perderás con él.»  
 DON JUAN:  
 (Se incorpora.)  
 DOÑA INÉS:  
 DON JUAN:  
 ¡Yo estoy soñando quizás  
 con las sombras del Edén!  
 No. Sabe que si piensas bien,  
 a tu lado me tendrás.  
 ¡Cielos! ¿Qué es lo que escuché?  
 ¡Hasta los muertos así  
 dejan sus tumbas por mí!  
 Mas, sombra... delirio fue...  
 yo, en mi mente, lo forjé...  
 la imaginación le dio  
 la forma en que se mostró,  
 y ciego vine a creer  
 en la realidad de un ser  
 que mi mente fabricó...

(Se aparta de los sepulcros.)

No... No me causan pavor  
 vuestros semblantes esquivos.  
 Jamás, ni muertos ni vivos  
 humillaréis mi valor.  
 Yo soy vuestro matador  
 como al mundo es bien notorio;  
 si en vuestro alcázar mortuorio  
 me aprestáis venganza fiera,  
 daos prisa, que aquí os espera  
 otra vez don Juan Tenorio.

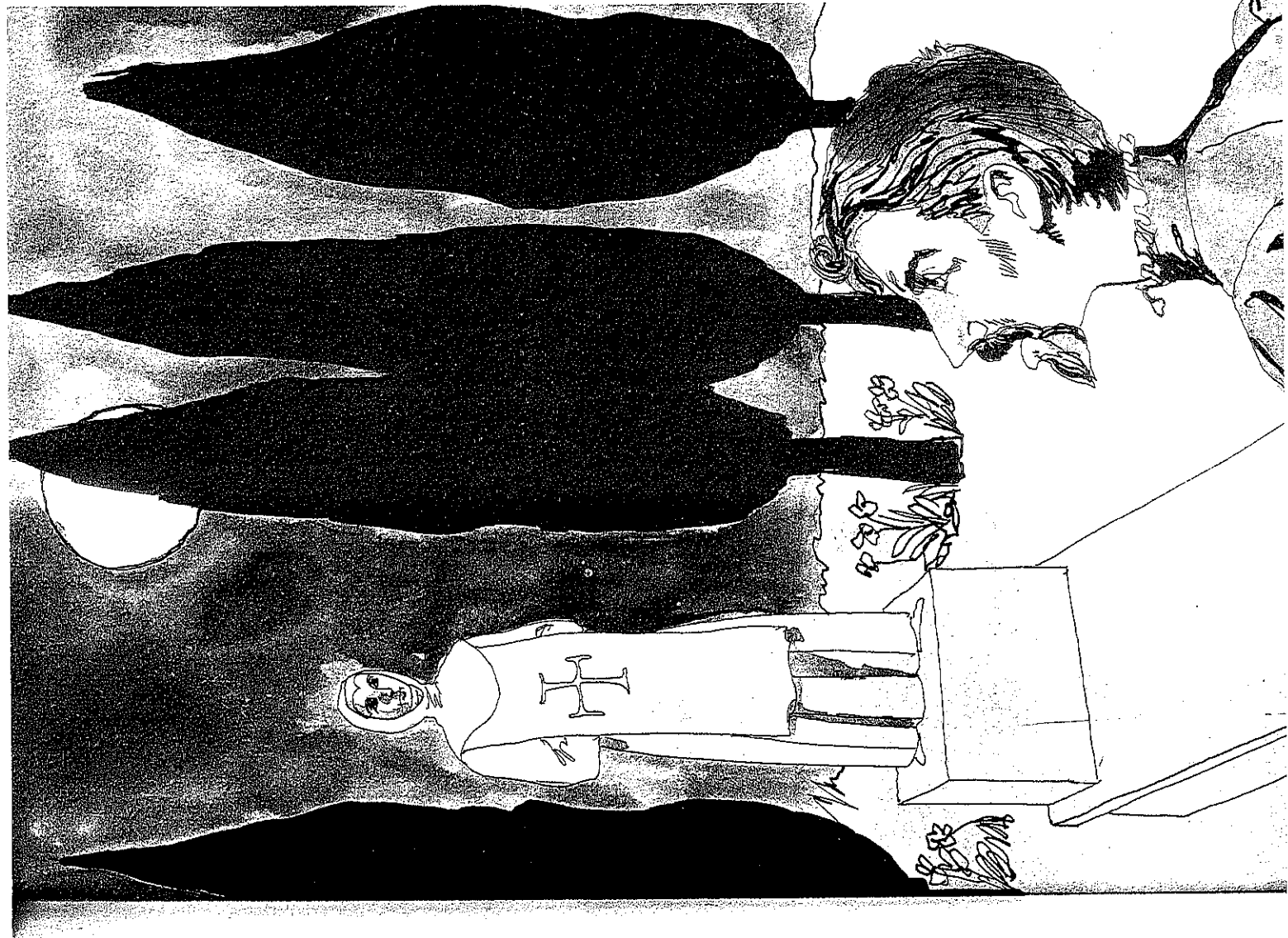
(Se oyen unas voces.)

CENTELLAS: ¡Allí hay un hombre!  
 AVELLANEDA: ¡Don Juan!  
 CENTELLAS: ¡Señor Tenorio!  
 DON JUAN: ¡Apartaos,  
 vanas sombras!

Reportaos,  
 señor don Juan... Los que están  
 en vuestra presencia ahora  
 no son sombras; hombres son,  
 y hombres cuyo corazón  
 vuestra amistad atesora.

AVELLANEDA: A la luz de las estrellas  
 os hemos reconocido  
 y un abrazo hemos venido  
 a daros, yo y Centellas.

DON JUAN: Gracias, amigos. (Se abrazan.)



CENTELLAS:

¡Por vida!  
¿No os tiembla el brazo y está vuestra faz descolorida?

DON JUAN:

La luna tal vez lo hará...  
Es verdad.

CENTELLAS:

Vamos de aquí.

AVELLANEDA:

Vamos, y nos contaréis cómo a Sevilla volvéis por esta vez.

DON JUAN:

Lo haré así, si mi historia os interesa.  
A fe, que oirse merece, aunque mejor me parece que la oigáis de sobremesa.  
Por mí que no ha de quedar; y, a poder ser, estad ciertos que cenaréis con los muertos... pues los voy yo a convidar.  
Yo a nada tengo pavor:

(A la estatua del Comendador.)

tú eres el más ofendido, mas, si quieres, te convidó a cenar, Comendador.

AVELLANEDA:

Don Juan, eso no es valor...

CENTELLAS:

Locura o delirio es...

DON JUAN:

Como lo juzguéis mejor...  
Yo cumplo así. Vamos, pues.  
Lo dicho, Comendador.  
Que no lo puedas hacer, creo, es lo que me pesa.  
Mas, por mi parte, en la mesa te haré un cubierto poner.

(Salen.)

#### ESCENA SEGUNDA

(Aposento de don Juan Tenorio. Una ventana al fondo, y puertas a ambos lados de la escena. Sentados a la mesa, cenando, están don Juan, Centellas y Avellaneda. Les sirve Ciutti.)

DON JUAN:

Tal es mi historia, señores: pagado de mi valor, quiso el mismo emperador dispensarme sus favores, y heme aquí en Sevilla ya.

CENTELLAS:

¡Y con qué lujo y riqueza!

DON JUAN: Siempre vive con grandeza quien hecho a grandeza está. Casa y bodega he comprado: dos cosas que, no os asombre, pueden bien hacer a un hombre vivir siempre acompañado.

(Beben.)

AVELLANEDA:

Nos hacéis honra inmensa.

DON JUAN:

¡Por vosotros! ¡Ciutti!

(Brinda.)

CIUTTI:

Señor.

DON JUAN:

Pon vino al Comendador...

(Ciutti sirve vino en una copa reservada delante de un asiento, vacío, a la cabecera de la mesa.)

CENTELLAS:

Don Juan, ¿aún en eso piensa vuestra locura?

DON JUAN:

Sí, a fe, que si él no puede venir, de mí no podréis decir que en ausencia, no le honré. Yo brindo a que Dios te dé la gloria, Comendador.

(Brinda.)

(Beben todos y ríen. Luego se oye, lejos, un aldabonazo.)

CENTELLAS:

Mas ¿llamaron?

CIUTTI:

Sí, señor.

DON JUAN:

Ve a mirar.

CIUTTI:

A nadie se ve.

DON JUAN:

Pues cierra y sirve licor.

(Ciutti vuelve a servir vino. Al poco se oye llamar de nuevo.)

AVELLANEDA:

Mas, llamaron otra vez.

CIUTTI:

Sí.

DON JUAN:

Vuelve a mirar.

CIUTTI:

(Mirando.) ¡Pardiez! A nadie veo, señor.

DON JUAN:

Pues, por Dios, que del bromazo quien es, no se ha de alabar. Ciutti, si vuelve a llamar, suéltale un pistoletazo.

CENTELLAS:

¡Otra vez!

(Llaman.)

AVELLANEDA:

¡Cielos!

¿Qué pasa?

DON JUAN:

Que esa aldadada postretera  
ha sonado en la escalera,  
no en la puerta de la casa.

CIUTTI:

Señor don Juan, escondido  
algún misterio hay aquí.

(*Llamam de nuevo.*)

CENTELLAS:

¡Llamaron otra vez!

AVELLANEDA:

Si.

Ahora en el salón ha sido.

DON JUAN:

¡Ya! Mis llaves en manojo  
habréis dado a ese fantasma,  
y que llame así no me pasma.  
Mas no saldrá a vuestro antojo.

(*Se levanta don Juan y corre los cerrojos de la puerta principal del aposento.*)

No me han de impedir cenar  
vuestras bromas desdichadas:  
ya están las puertas cerradas,  
y nadie aquí se podrá entrar.  
Bebamos.

CENTELLAS:

Idea brillante.

(*Brindan y vuelven a beber todos. Luego se oye llamar de nuevo.*)

DON JUAN:

¡Ya basta! ¿A qué llamar?  
Los muertos se han de filtrar  
por la pared. ¡Adelante!

(*La estatua de don Gonzalo se filtra por la pared y entra.*)

CENTELLAS:

¡Jesús!

AVELLANEDA:

¡Dios mío!

CIUTTI:

¿Qué es eso?

CENTELLAS:

Yo desfallezco...

AVELLANEDA:

Yo expiro...

(*Ambos caen desvanecidos en sus asientos. Ciutti huye por la otra puerta. Don Juan se levanta, atemorizado.*)

DON JUAN:

¿Es realidad, o deliro?  
Es su figura... su gesto...

DON GONZALO:

¿Por qué te causa pavor  
que, convidado a tu mesa,  
venga por tí?

DON JUAN:

¡Dios! ¿No es ésa  
la voz del Comendador?

DON GONZALO:

¿Aún lo dudas?

DON JUAN:

No lo sé...

DON GONZALO:

Pon, si quieres, hombre impío,  
tu mano en el mármol frío  
de mi estatua.

DON JUAN:

¿Para qué?

Me basta oírlo de ti...  
Cenemos, pues... Mas, te advierto...

DON GONZALO:

¿Qué?

DON JUAN:

Que si no eres el muerto,  
no vas a salir de aquí.

DON GONZALO:

Al sacrilego convite  
que me has hecho en el panteón,  
para alumbraar tu razón  
Dios asistir me permite.

Y heme, que vengo en su nombre,  
a enseñarte la verdad,

y es que hay una eternidad  
tras de la vida del hombre:

Que numerados están  
los días que has de vivir,

y que tienes que morir,  
pues está escrito, don Juan.

Dios, en su santa clemencia,  
te concede todavía

un plazo hasta el nuevo día  
para ordenar tu conciencia.

Y su justicia infinita  
porque conozcas mejor,

espera de tu valor  
que me pagues la visita.

(*Vuelve a desaparecer por el muro.*)

DON JUAN:

¡Oh! Tal vez todo esto ha sido  
por estos dos preparado,  
y mientras se ha ejecutado,  
su privación han fingido.

Mas, por Dios, que si es así,  
se han de acordar de don Juan.

¡Eh! Don Rafael, capitán...  
Ya basta. ¡Alzaos de ahí!

(*Don Juan sacude a sus invitados, que parecen despertarse.*)

CENTELLAS:

¿Quién va?

DON JUAN:

Levantad.

(Salen todos.)

Vamos, capitán.

DON JUAN:

ESCENA TERCERA

(Panteón de la familia Tenorio. Entra en escena don Juan, lentamente, embozado y como absorto en sus pensamientos.)

DON JUAN: Pavor jamás conocido el alma fiera me asalta y aunque el valor no me falta me va faltando el sentido.

(Parecen cobrar vida todas las estatuas del panteón. Se oye la voz del Comendador.)

DON GONZALO: Aquí me tienes, don Juan, y aquí están también conmigo los que tu eterno castigo de Dios, reclamando están.

DON JUAN: ¡Ay de mí!

DON GONZALO: ¿Qué? ¿El corazón te desmaya?

DON JUAN: No lo sé... Concibo que me engañé.

¡No son sueños... ellos son!

DON GONZALO: Ahora, don Juan, ya se va concluyendo tu existencia y el plazo de tu sentencia fatal, ha llegado ya.

DON JUAN: ¿Tan poco me queda, no más?

DON GONZALO: Sí.

DON JUAN: ¡Injusto Dios! Tu poder me haces ahora conocer cuando tiempo no me das de arrepentirme.

DON GONZALO: Don Juan, un punto de contricción da a un alma la salvación, y ese punto aún te lo dan.

DON JUAN: Imposible en un momento borrar treinta años malditos de crímenes y delitos.

DON GONZALO: Aprovechalo con tiempo porque el plazo va a expirar. Ya las campanas doblando por ti están, y van cavando la fosa en que te han de echar.

(Se oye tocar a muerto.)

AVELLANEDA: ¡Hola! ¿Sois vos? ¿Qué pasa?

CENTELLAS: ¿Dónde estamos?

DON JUAN: Caballeros, claros vamos. Yo os he traído a mi casa y temo que a ella al venir, con artificio apostado habéis sin duda pensado a mi costa divertir.

CENTELLAS: Pues ya que lo declararéis, don Juan, sabed que sospecho que vos la burla habéis hecho de nosotros.

DON JUAN: ¡Me insultáis!

CENTELLAS: No por Dios. Más, si cerrado seguís en que aquí han venido fantasmas, lo sucedido oíd cómo me he explicado.

DON JUAN: A ver, decídmelo pues.

CENTELLAS: Vos habéis compuesto el vino, y urdido este desatino, acusándonos después.

AVELLANEDA: Soy de la misma opinión.

DON JUAN: ¡Mentís!

CENTELLAS: ¡Vos!

DON JUAN: ¡Vos, capitán!

CENTELLAS: Esa palabra, don Juan...

DON JUAN: Dicha está con el corazón.

CENTELLAS: ¡Veamos!

DON JUAN: Poned a tasa vuestra furia, y vamos fuera, no piense después, cualquiera, que os asesiné en mi casa.

AVELLANEDA: Decís bien... mas somos dos. Refiremos, si os fiáis, el uno del otro en pos.

DON JUAN: O los dos, como queráis.

CENTELLAS: ¡Villano fuera, por Dios! Elegid uno, don Juan, por primero.

DON JUAN: Sedlo vos.

CENTELLAS: Vamos.

(Saca su espada.)

(Saca su espada.)

DON JUAN: ¿Conque por mí doblan?  
DON GONZALO: Sí.  
*(Se oye cantar el oficio de difuntos.)*

DON JUAN: ¿Y esos cantos funerales?  
DON GONZALO: Son salmos penitenciales que están cantando por ti...  
DON JUAN: ¡Será un entierro que pasa!  
DON GONZALO: Es el tuyo.

DON JUAN: ¿Muerto yo?  
DON GONZALO: El capitán te mató a la puerta de tu casa.

DON JUAN: Tarde la luz de la fe penetra en mi corazón, pues crímenes mi razón, a su luz, tan sólo ve.

DON GONZALO: Adiós, don Juan. Ya tu vida toca a su fin. Y pues vano todo fue, dame la mano en señal de despedida.

DON JUAN: ¡Aparta, piedra fingida! Suelta, suelta esa mano, que aún queda el último grano en el reloj de mi vida.

DON GONZALO: Vamos, don Juan.

DON JUAN: Pues si es verdad que un punto de contricción da a un alma la salvación de toda una eternidad, yo, Santo Dios, creo en Tí. Si es mi maldad inaudita, tu piedad es infinita...  
¡Señor, ten piedad de mí!  
DON GONZALO: Ya es tarde.  
DOÑA INÉS: No. Heme ya aquí, don Juan. Mi mano asegura esta mano que, a la altura, tendió tu contrito afán: Que Dios perdona a don Juan al pie de mi sepultura.  
¡Inés de mi corazón!  
Yo mi alma he dado por ti, y Dios te otorga por mí tu dudosa salvación. Misterio es que en comprensión

*(Le tiende la mano.)*

*(Se arrodilla.)*

*(Se oye la voz de doña Inés.)*

*(Le toma de la mano.)*





no cabe de criatura,  
y sólo en vida más pura  
los justos comprenderán  
que el amor salvó a don Juan  
al pie de la sepultura.  
Cesad, cantos funerales,  
callad, mortuorias campanas;  
ocupad, sombras livianas,  
vuestras urnas sepulcrales.

*(Cesan los sonidos y cánticos fúnebres. Las estatuas quedan inanimadas sobre los sepulcros. Empieza a amanecer.)*

DON JUAN:

¡Clemente Dios, gloria a ti!  
Mañana a los sevillanos  
aterrará el creer que a manos  
de mis víctimas caí.  
Mas es justo. Quede aquí  
al universo notorio  
que, pues me abre el purgatorio  
un punto de penitencia,  
es el Dios de la clemencia,  
el Dios de don Juan Tenorio.

*(Cae don Juan a los pies del sepulcro de doña Inés.)*

F I N